

AGATHA CHRISTIE

LA PUERTA DEL DESTINO



El matrimonio Beresford, Tommy y Tuppence Beresford, compra una antigua casa en una ciudad costera y cuando las necesarias reformas están listas, deciden mudarse.

La compra de la casa incluía un ático lleno de viejos libros que Tuppence, amante de la lectura, decide organizar. Los libros la hacen recordar su pasado y ella, con mucho placer, relee algunos fragmentos de obras que siempre admiró. Al hacerlo, encuentra un mensaje compuesto por algunas palabras subrayadas con rojo en la página del libro: «Marie Jordan no murió de muerte natural. Fue uno de nosotros».

Tuppence comienza a investigar el pasado de la casa y de la ciudad, contando con la memoria de los ancianos en los asilos y de las señoras de avanzada edad, además, creen que es su gruñona tía quien inventa las diversas calamidades que suceden en su vieja residencia de ancianos.

Pero no sólo en esta vieja casa encontrarán pistas inquietantes, también en la que acaban de comprar.

Es un trabajo arduo investigar sobre hechos que tuvieron lugar 50 años antes, pero Tuppence, con el apoyo de su marido Tommy, consigue descubrir quién era Marie Jordan, por qué fue asesinada y por quién.

Como no puede dejar de ser en una novela con Tommy y Tuppence, la solución del caso está relacionada con espionaje.

PARA «HANNIBAL» Y SU AMO

Cuatro grandes puertas tiene la ciudad de Damasco... La Puerta del Destino, la Puerta del Desierto, la Caverna del Desastre, el Fuerte del Temor...

No puedes pasar por ella, ¡oh, Caravana!, o pasa sin cantar. ¿Has oído ese silencio donde los pájaros están muertos, aunque algo haya imitado el gorjeo de un pájaro?

De «Puertas de Damasco» de James Elroy Flecker.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALBERT: Criado, cocinero y hombre de confianza, todo en una pieza, de los Beresford.

BERESFORD, Thomas: Antiguo miembro del *Servicio de Seguridad* inglés, hoy retirado... o casi.

BERESFORD, Tuppence: Esposa de Thomas, avispada, inteligente y perfecta colaboradora de su esposo.

HANNIBAL: No; no debemos olvidarnos del perro.

ISAAC: Un viejo jardinero, que muere por saber demasiado.

MULLINS, Señorita: Jardinera de profesión, y algo más que no se ve.

PIKEAWAY, Coronel: Situado en los más altos destinos de la Seguridad inglesa.

ROBINSON, Señor: El hombre misterioso que todo lo sabe.

LIBRO I

Capítulo I

Referente principalmente a libros

—¡Libros! —exclamó Tuppence.

La palabra, en sus labios, tuvo el efecto de una malhumorada expresión.

—¿Qué has dicho? —preguntó Tommy.

Tuppence volvió la cabeza hacia él, que se encontraba en el extremo opuesto de la habitación.

—Dije: «¡Libros!».

—¡Ah! Ya comprendo —contestó Thomas Beresford.

Tuppence tenía delante tres cajas grandes. De cada una de estas habían sido extraídos varios libros. Todavía quedaban muchos dentro de aquellas.

—Es increíble —comentó Tuppence.

—¿Te refieres al espacio que ocupan?

—Sí.

—¿Te propones colocarlos todos en los estantes?

—No sé qué es lo que me propongo —dijo Tuppence—. Eso es lo peor. Una no sabe nunca lo que quiere. ¡Uf! —suspiró.

—Yo diría —manifestó el esposo— que ese no es precisamente un rasgo peculiar de tu carácter. Lo malo de ti es que siempre has sabido demasiado bien lo que querías hacer.

—A lo que yo me refiero ahora —dijo Tuppence— es a esto de ahora... Aquí estamos, haciéndonos más viejos,

sintiéndonos (enfrentémonos con ello) más castigados por el reuma que se nota de modo especial cuando hay que estirarse, como ocurre con este trabajo de acomodar libros en los estantes o el de bajar cosas de los mismos... Y también, cuando te arrodillas buscando algo que no encuentras, cuesta trabajo incorporarse de nuevo...

—Ya, ya. Estás haciendo una relación de nuestros achaques habituales. ¿Habías empezado por ahí?

—No. No era eso a lo que iba. Estaba pensando en la suerte que hemos tenido al encontrar una nueva casa... Sí. Hemos dado con la vivienda soñada, donde siempre hemos querido vivir... Naturalmente, en la realidad hemos tropezado con ciertas alteraciones con respecto a nuestros propósitos.

—Con tirar uno o dos tabiques, todo quedará arreglado —manifestó Tommy—. Luego, añades una terraza al cuerpo de esta construcción y tendrás definitivamente la casa por la cual suspiras desde hace años.

—Va a quedar muy bonita —consideró Tuppence.

—No sé... Tengo que verlo todo terminado para juzgar.

—¡Bah! Yo estoy segura de que cuando hayamos llegado al fin te sentirás encantado. Entonces, confesarás que tienes una esposa inteligente y con sentido artístico.

—Muy bien —dijo Tommy—. Ya sé en qué términos he de expresarme para demostrar mi admiración. Procuraré recordarlos.

—No es preciso que te esfuerces. Tus comentarios serán espontáneos.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con los libros? —inquirió Tommy.

—Bueno... Resulta que nosotros nos hemos traído dos o tres cajas llenas de libros. Nos desprendimos de aquellos que no nos interesaban mucho, conservando los que estimábamos más. Luego, esta gente de aquí, la que nos vendió la casa, de cuyo apellido no me acuerdo, no quisieron llevarse muchas de sus cosas, rogándonos que les pasára-

mos una oferta por las que pensaban dejar... Entre esas cosas había libros, por supuesto. Bueno, vinimos, las examinamos...

—Y formulamos la oferta correspondiente —dijo Tommy.

—Sí. Ellos esperarían que les ofreciéramos más dinero, supongo. Muchos de sus muebles y objetos ornamentales se me antojaron demasiado horribles... Bueno, afortunadamente, no nos vimos obligados a quedarnos con ellos. Pero luego vi los libros... Había entre ellos algunos de los que tengo por favoritos. Los hay todavía, quiero decir. Y entonces se me ocurrió que valía la pena conservarlos... ¿Conoces tú la historia de Andrócles y el león? Recuerdo haberla leído cuando contaba ocho años de edad.

—Dime, Tuppence: ¿tan inteligente has sido siempre que ya eras capaz de leer a los ocho años?

—Sí —repuso Tuppence—. Yo empecé a leer a los cinco. En aquel tiempo, a todo el mundo le pasaba lo mismo. Ni siquiera tuvieron que molestarse los mayores en enseñarme. Verás... Alguien leía en voz alta y una prestaba atención porque la historia leída era interesante. Después, yo me acordaba del sitio en la estantería que ocupaba la obra leída. Cogía el volumen y repasaba sus páginas, con lo cual me encontraba con que estaba leyendo, sin haberme tenido que molestar deletreando, etcétera. Más adelante, en cambio, encontré dificultades. Si me hubieran enseñado a deletrear bien a los cuatro años no me habría pasado eso. Mi padre me enseñó a sumar y a restar. Y también a multiplicar, por supuesto, ya que sostenía que la tabla de la multiplicación constituía uno de los conocimientos más interesantes del ser humano. También aprendí a dividir por muchas cifras.

—¡Qué persona tan inteligente debió ser tu padre!

—No, no creo que fuese especialmente inteligente —dijo Tuppence—, pero sí era un hombre muy, muy agradable.

—¿No nos estamos apartando del tema de nuestra conversación?

—En efecto —corroboró Tuppence—. Bueno, como estaba diciendo, pensaba en leer la historia de Andrócles y el león de nuevo... Venía en un volumen de relatos sobre animales, escritos, creo, por Andrew Lang. ¡Oh! Me gustan... También había una historia acerca de *Un día de mi vida en Eton*, por un escolar de Eton. No sé por qué deseaba leerla, pero es lo que hice. Tratábase de uno de mis libros predilectos. Vi varias obras de los clásicos también. Y luego las obras de la señora Molesworth, *El reloj de cuclillo*, *La granja de los cuatro vientos*...

—Ya está bien, mujer —contestó Tommy—. No es preciso que hagas una relación completa de tus goces como lectora durante tu primera juventud.

—Lo que yo quiero hacerte ver es que actualmente no es fácil hacerse con esos libros. A veces consigues algún que otro ejemplar de una edición moderna, pero encuentras alteraciones en los textos y los dibujos y es que no suelen ser los mismos. El otro día, por ejemplo, no pude reconocer *Alicia en el País de las Maravillas*... Pues sí. Hay aquí libros que interesan, muchos...

—Tienes la impresión de haber hecho una buena adquisición, ¿no?

—Creo que no me he equivocado. He comprado esos volúmenes a buen precio. Ahora tengo una preocupación: me parece que no disponemos de suficientes estantes para acomodarlos en unión de los nuestros. Bueno, ¿qué me dices de tu cuarto-refugio? ¿Hay en él sitio para acomodar libros?

—Creo que no lo va a haber ni para los míos —dijo Tommy.

—¡Oh! Tendremos que hacer otra habitación, ¿no?

—No. No podemos permitirnos ciertos gastos ahora. Anteayer estábamos de acuerdo en lo tocante a tal punto, ¿no te acuerdas?

—Eso fue anteayer —manifestó Tuppence—. Pasan los días y una cambia de opinión... Lo que voy a hacer es colocar los libros de que puedo desprenderme en ese estante. Después, miraremos los otros y... Perfectamente. Siempre habrá un hospital infantil por ahí donde enviarlos. Hay otros sitios en los que reciben con mucho agrado los libros regalados.

—Podríamos venderlos —propuso Tommy.

—No creo que interesen mucho a la gente los que nosotros podemos ofrecer. Y seguramente aquí no hay libros raros, de valor, obras apreciadas por los bibliófilos.

—Nunca se sabe —arguyó Tommy—. Sería una suerte que diéramos con un ejemplar de una edición agotada. Los libreros pagan a veces buenas sumas por tales volúmenes.

—Entretanto —dijo Tuppence—, tenemos que poner estos libros en sus estantes. Habrá que ojearlos, para decidir cuáles son los que vamos a ceder. Tengo la intención de clasificarlos. Bueno, mi clasificación no va a ser muy rigurosa. Pondré a un lado las novelas de aventuras, a continuación los libros infantiles, y luego esas otras obras en las que los chicos protagonistas son invariablemente hijos de padres riquísimos. Hablo de L. T. Meade, ¿eh? Quiero guardar los libros que le leíamos a Deborah cuando era pequeña. *Winnie the Pooh* acabó gustándonos a todos, lo mismo que *La gallina gris*...

—Creo que te estás fatigando, querida —opinó Tommy—. ¿Por qué no te desentendes por un rato de esta tarea?

—Antes he de terminar con esta parte de la habitación. Me contento con dejar arreglados estos libros...

—Te ayudaré, entonces —dijo Tommy.

Este volcó una de las cajas, cogió un puñado de libros tal como cayeron y se acercó a uno de los estantes, empezando a alinearlos en él.

—Los estoy poniendo de acuerdo con sus tamaños. Esto da impresión de orden —notificó Tommy.

—¡Oh! Yo no había pensado en esa clasificación —contestó Tuppence.

—Así quedan bien, de momento. Luego, podemos hacer un repaso, introduciendo las variaciones que convengan. Dedicaremos a esta tarea un día de lluvia, por ejemplo, cuando uno no puede ir a ninguna parte y ha de quedarse forzosamente en casa.

—Lo malo es que después nos saldrán otros quehaceres.

—Bueno, ya sólo nos queda este extremo del estante más alto. Acércame esa silla, ¿quieres? ¿Es suficientemente fuerte para que pueda subirme a ella? Tengo que llegar con los libros ahí arriba.

Tommy se subió a la silla adoptando infinitas precauciones. Tuppence le alargó un puñado de libros, que él empezó a colocar lentamente en el estante. Pero los últimos tres, en un instante de vacilación, se le fueron de las manos, yendo a parar al suelo. Tuppence no recibió aquel impacto en la cabeza por unos milímetros.

—¡Qué susto me has dado!

—No he podido evitarlo, querida. Me diste demasiados volúmenes de una vez.

Tuppence dio dos pasos atrás, contemplando la estantería.

—¡Magnífico! —exclamó—. Queda muy bien. Si aprovechamos ese hueco que queda ahí dejaremos vacía ya esta caja. Estupendo. Estos libros que quedan aquí no son los nuestros ya, sino los que compramos. ¡Quién sabe si llegaremos a dar con algún tesoro!

—Siempre cabe tal posibilidad —admitió Tommy.

—Yo creo que encontraremos algunos tesoros. Estoy convencida de que hallaremos algo, algo que valga mucho dinero, quizá.

—¿Qué haremos entonces? ¿Venderlo?

—Tendremos que venderlo, claro —dijo Tuppence—. Desde luego, podríamos quedarnos con ello para enseñár-

selo a la gente. No se trata de alardear de nada. Diríamos a nuestros amigos: «Pues sí, dimos con dos o tres cosas interesantes». Estoy convencida de que daremos con algún interesante hallazgo, Tommy.

—¿De qué tipo? ¿Piensas en algún libro de la infancia, del cual ahora no te acuerdas concretamente?

—No es eso exactamente. Pienso en algo sorprendente, en algo que incluso altere de momento nuestra vida.

—¡Oh, Tuppence! —exclamó Tommy—. Tú siempre tan imaginativa. Lo más probable es que demos con cualquier cosa que signifique un auténtico desastre.

—¡Tonterías! Hay que vivir siempre esperanzados. La esperanza es lo más grande de nuestra existencia. ¿Es que no me conoces? Yo he vivido siempre llena de esperanzas.

—Lo sé, lo sé muy bien —confirmó Tommy, suspirando—. Y muy a menudo he tenido que lamentarlo.

Capítulo II

La Flecha Negra

La esposa de Thomas Beresford cogió *El reloj de cuclillo*, de la autora Molesworth, en el estante, escogiendo un espacio que había en el tercer tablero, a contar desde abajo. Se hallaban allí todos los libros de aquella escritora. Tuppence sacó *La habitación de los tapices*, examinando pensativamente el libro... Podía leer también *La granja de los cuatro vientos*, cuyo argumento no recordaba igual de bien que los de *El reloj de cuclillo* y *La habitación de los tapices*. Sus dedos vagaron de un sitio para otro... Tommy no tardaría en regresar.

Iba avanzando en la tarea que se había impuesto. Sí. Todo marchaba bien si no hacía un alto en su trabajo y se entregaba a la lectura de sus libros predilectos. Era un entretenimiento muy agradable este, pero se llevaba tiempo. Tommy se presentaría en la casa, preguntándole cómo marchaba aquello. Y ella contestaría: «¡Oh! Muy bien, ahora». Tendría que valerse de sus mañas para impedir que se trasladara a la planta superior para echar un vistazo a los estantes. Todo requiere su tiempo... Por ejemplo: acomodarse en una casa nueva. Esta se lleva más del que se figurara en un principio. La gente resultaba irritante. Ahí estaban los electricistas, por señalar a alguien. Aparecían casi milagrosamente para, en seguida mostrarse disconformes con lo que habían hecho la vez anterior, procediendo a abrir nuevas troneras en los muros y el pavimento, unas troneras

muy peligrosas para el ama de casa, quien, invariablemente, acababa por introducir un pie en cualquiera de ellas, con grave peligro de su integridad física.

—A veces pienso que no debíamos haber salido nunca de Bartons Acre, Tommy —dijo Tuppence.

—¿Es que no te acuerdas ya del techo del comedor? —contestó su esposo—. Acuérdate de los áticos, de lo que pasó con el garaje. Nuestro coche estuvo a punto de ser aplastado.

—Supongo que hubiéramos podido hacer una reparación a fondo —arguyó Tuppence.

—Nada de eso. No teníamos más remedio que tirar la casa abajo o trasladarnos a otra. Esta de que disponemos ahora va a quedar magníficamente algún día. Estoy seguro de ello. Además, aquí tendremos sitio sobrado para todas nuestras cosas.

En aquel momento, Tuppence consideró atentamente qué iban a hacer con aquella casa luego, cuando estuvieran instalados. Todo había sido muy sencillo al principio, tornándose después complejo. En parte, por culpa de aquellos libros.

—De haber sido de pequeña como las chiquillas de ahora —declaró Tuppence—, no habría aprendido a leer con tanta facilidad. Actualmente, los chicos de cuatro, cinco o seis años no leen. Los hay en las mismas condiciones que ya han cumplido los diez y los once años. No acierto a descubrir por qué nos resultaba a nosotros tan fácil... Todos sabíamos leer. Lo mismo yo que mi vecino Martin, que Jennifer, quien vivía en la misma calle, que Cyril y Winifred... Quizá nuestra pronunciación no fuese perfecta, pero el caso era que leíamos. No sé cómo aprendíamos. Debíamos de hacer muchas preguntas, seguramente, al mismo tiempo que nos fijábamos en todos los anuncios y carteles de las vallas y paredes. Era, además, un aprendizaje emocionante. ¡Oh, querido! He de pensar en lo que llevo entre manos.

Tuppence movió unos cuantos libros más. Pasó tres cuartos de hora enfrascada en la lectura de *Alicia en el País de las Maravillas*, primeramente. Después, le llegó el turno a una obra de Charlotte Yonge. Sus manos acariciaron posteriormente el grueso lomo de *El collar de margaritas*.

—Tengo que leer de nuevo este libro —dijo Tuppence—. Han transcurrido muchos años desde la primera vez que cayó en mis manos. Me acuerdo de uno de los personajes llamado Norman... Y de Ethel. ¿En qué lugar se desarrollaba la acción? ¡Ah, sí! En Coxwell. Recuerdo también a Flora, una chica muy mundana. Me pregunto por qué entonces todos esos personajes eran considerados mundanos. ¿De qué podría tachársenos a nosotros ahora, por ejemplo? ¿Tú crees que somos mundanos?

—¿Cómo dice usted, señora?

Tuppence volvió la cabeza, viendo en la puerta a Albert, su devoto servidor.

—¡Oh, nada, nada!

—Creí que usted me llamaba, señora. Hizo sonar el timbre, ¿no?

—Debo de haberme apoyado en él al subirme a una silla para alcanzar un libro.

—¿Puedo ayudarla?

—Quisiera que me echara una mano, sí —respondió Tuppence—. Voy a acabar por caerme de una de estas sillas. Algunas tienen las patas en mal estado, otras resbalan...

—¿Le interesa algún libro en particular?

—Verá... No he adelantado mucho con el tercer estante, ese de ahí arriba. Empiece a contar desde el más alto. No sé qué libros hay por ahí.

Albert se subió a una silla y fue sacando libro tras libro, sacudiéndolo levemente para hacer saltar el polvo y después alargárselo a Tuppence. Esta los iba acogiendo con gestos de entusiasmo.

—¡Oh! ¡Hay que ver los títulos que había llegado a olvidar! Aquí está *El Amuleto*... entre otros. Estos se van a que-